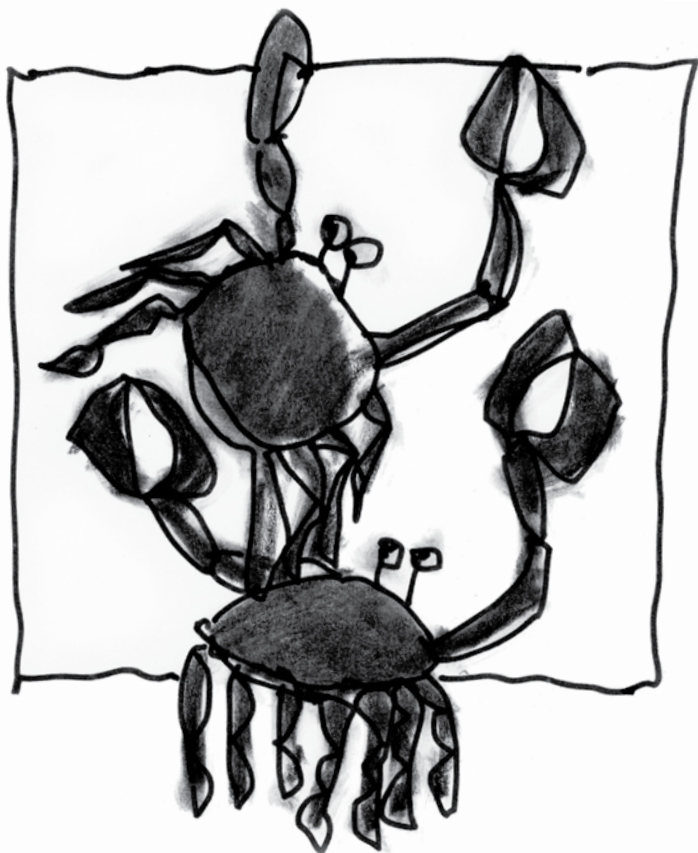


El pueblo que no quería creer

Salvador Abascal Carranza



“Si no se presupone el mal,
no hay justicia posible.
La irresponsabilidad general vuelve
posible la colaboración con el mal”.

Polibio de Arcadia

Polibio de Arcadia, pseudónimo con el que escribió mi querida y extrañada amiga (qpd), Doctora en Filosofía Ikram Antaki, el libro que lleva por título: “El pueblo que no quería crecer” (1), describe en un imaginario viaje de Grecia a México, hace más de dos mil años, las vicisitudes que vivió en estas tierras mexicanas y las reflexiones que de ellas extrae.

Este artículo pretenden ser un homenaje a una mujer extraordinaria, de origen sirio, educada en Francia pero comprometida con México las últimas décadas de su vida, como pocos mexicanos lo han hecho. Su inteligencia, su lucidez y su admirable dominio del idioma español, la colocan entre uno de los talentos que han podido interpretar y explicar,

como pocos, la cultura mexicana con todos sus prejuicios, sus complejos, pero también con su grandeza. “El que hablaba sin conformarse con la imagen idílica que se hacían de ellos mismos (los mexicanos), era su enemigo jurado. Y, sin embargo, los mejores textos que les concernían fueron escritos por los foráneos. Algunas tentativas internas,

dolorosamente lúcidas, fueron desautorizadas agriamente” (2). Yo debo añadir que, entre los mejores textos de los foráneos a los que ella se refiere están algunos de la propia Ikram, como el que ahora comento en estas páginas.

Sin decirlo con todas sus letras, mucho de lo descrito en el libro en comento hace referencia al régimen priísta. Ikram Antaki le llamaba el “viejo régimen”, en contraste con lo que los franceses dicen del “ancien régime” (antiguo régimen), toda vez que lo antiguo, como la cultura helénica, siempre reporta una noble enseñanza, una manera de tratar la vida con dignidad. “La distribución del poder –afirma a este respecto la Dra. Antaki– se daba en una renovación temporal que respetaba unos rituales rigurosos, y la distribución de las riquezas se efectuaba gracias a la corrupción generalizada. Todos parecían participar en la vida de la nación sin participar realmente en ella” (3).

La justicia a secas, no la llamada “justicia social”, ni la justicia que emana de las “conquistas sindicales”, ni de los privilegios de las corporaciones creadas a la sombra de un poder cultivado por ocho décadas, es todavía una de las asignaturas pendientes de la vida institucional de México. De un grupo de privilegiados por el viejo régimen (del latín, ley privada, no general) han surgido y siguen surgiendo líderes sindi-

cales, campesinos (no agricultores), “luchadores sociales” (¿de qué ha vivido, por ejemplo, y sigue viviendo López Obrador?), Pero también gobernadores y funcionarios públicos. “La perfección utópica está lejos de verificarse en la sociedad mexicana: aquí, unos utilizan a otros y todos se usan mutuamente por medio del engaño, el poder y la fuerza, pero jamás en beneficio del conjunto social” (4). Frente al intento de retorno del PRI al poder, no debemos dejar de considerar la fina y profunda crítica que ejerció Ikram Antaki, porque las descripciones siguen siendo válidas. Lo más grave es que ya no sería el mismo PRI sino algo mucho peor que eso.

México es un país que no ha sabido o querido madurar. La democracia que finalmente llegó en el 2000 con la alternancia en el poder, no es suficiente. Se ha quedado en la formalidad procedimental, principalmente en el ámbito federal. Muchos estados no han llegado siquiera a la democracia formal; mucho menos a la material que es vida cotidiana, que es participación, exigencia de rendición de cuentas, construcción de ciudadanía, que empieza por la autocrítica que es conciencia responsable del deber de cada quien, y no solamente de quienes ejercen el poder.

Existe en México una especie de parálisis, de enfermedad colectiva que les impide a los

mexicanos dar el salto definitivo hacia la modernidad. Por cierto que algunos ciudadanos (afortunadamente no la mayoría ni mucho menos) consideran como símbolos de la modernidad la aprobación del aborto, de los “matrimonios” entre homosexuales y otras falacias semejantes. Otros más consideran intocables las “conquistas” del pasado: el poder como patrimonio individual o de grupo, las prebendas sin límite de los líderes sindicales, “campesinos” o populares. Con independencia de ello, lo cierto es que esos líderes corruptos invocan sin cesar los fantasmas del pasado, como si en lo muerto de la historia les fuera la vida. No puedo dejar de mencionar lo absolutamente ridículo, por no decir estúpido, de ciertos “principios” que la oposición del PRD y del PRI abanderan como esencia de la patria. Frente a cualquier intento auténticamente modernizador, en materia de energía, responden con la conocida cantaleta de “la patria no se vende”. Para colmo, el PRI tiene entre sus postulados de doctrina la negativa absoluta para generalizar el IVA en alimentos y medicinas.

El mayor problema, sin embargo, no consiste en que lo postulen, sino en que la sociedad les siga creyendo. Chile es un país que tenía mayores problemas que México en desarrollo económico en la década de los setenta. Según el *New York Times* del domingo 10 de enero, Chile está por convertirse en

un país desarrollado. Allí, el IVA es generalizado al 17% y el ISR es “Flat Tax” de 20%. Todo ello, a pesar de los populismos y de la dictadura que han sufrido. El chileno es un pueblo que sí ha querido crecer, no solamente en lo económico, sino en lo político y en lo cultural. Todo va de la mano.

“¿Cómo explicarles (a los mexicanos) –dice Ikram Antaki– que existe una alegría en lo universal, que el conocimiento perfecto es participación universal sin la cual sería inútil, y le sería al hombre imposible, elevarse? Volvería a caer constantemente, correría tras de las formas. El espíritu de orden y de subordinación universal, a la vez que es esencialmente aristocrático, es el guardián del valor real del individuo, porque impide su dislocación y conserva su unidad”(5).

Para los lectores que no leyeron los dos artículos anteriores, debo hacer una pertinente aclaración: la inspiración de los mismos (como el de este último), me viene tanto de mi amistad con la autora, filósofa de origen sirio (Ikram Antaki qpd) como del libro que he estado comentando: “El Pueblo que no quería crecer”. Ella escribe con el pseudónimo de Polibio de Arcadia, filósofo griego, discípulo de Aristóteles y de Platón, que en un delicioso anacronismo llega, en un imaginario viaje, al México del siglo XX.

Si hoy viviera Ikram Antaki,

seguramente se sorprendería de su lucidez y de su visión comprensiva de la realidad mexicana. Describe con extraordinaria claridad la incapacidad de millones de mexicanos para integrarse al mundo; para abandonar los prejuicios paralizantes de las supuestas conquistas laborales; de la soberanía que no es, al decir de Polibio, sino un complejo de inferioridad que impide cualquier cambio que venga de afuera (o de adentro). Su análisis sigue siendo válido, hoy más que nunca, si observamos que los políticos del otrora sistema gobernante, hoy oposición, se siguen comportando de la misma manera.

“Este país es extraño: las mismas leyes de la naturaleza parecen estar revertidas. Yo conozco un mito griego donde el sol voltea su carrera y los puntos que se llaman cardinales cambian de posición. [...] Volvamos a épocas anteriores al saber peligroso; busquemos en la tumba antigua. De ella salió el chantajista que cuestiona la permanencia de la vida y la unidad y la estructura misma del Estado. El chantajista se ha vuelto amo de la historia y amo del juego; sus reglas nacen de la revaloración de las leyes del intercambio entre México y el mundo, entre el pasado y el presente, entre la ruptura y la negociación” (6). Ese chantajista es el que se ha apoderado de lo muerto de la historia para hacernos creer que sin el culto a ese muerto embalsamado,

todo se destruirá. El chantaje de la violencia, de la ruptura del orden social, el necio anuncio del Estado fallido, son sus únicas armas. Además de chantajistas, son predadores porque de eso viven.

“En cuanto al largo plazo de nuestra construcción y de la suya, sólo queda la educación, para prever (y preparar, digo yo) suavemente el futuro” (7). En México, la educación ha sido substituida por, en general, una mediocre instrucción. Allí está el rechazo de los maestros a ser evaluados, a ser capacitados. Mientras no exista una educación moral, mientras no se considere a esta última como fuente inagotable del derecho, la sociedad caerá cada vez más en la irremisible espiral de la decadencia y de la degradación. “A lo largo de la historia, jamás ha habido distinción entre moral y derecho (salvo en el positivismo jurídico, imperante en México); éste no es más que la transcripción de la necesidad moral del bien común. Pero, ¿cómo esperar que la cuestión jurídica sea resuelta cuando la cuestión moral no lo es? ¿Y cómo esperar que el problema moral sea resuelto cuando el mal ni siquiera se percibe como problema?”(8).

La violencia que hoy vive México no se debe solamente, diría Polibio de Arcadia, a la corrupción de un sistema que prefería la fragilidad del orden social, a la difícil tarea de construir las condiciones para el bien común.



El poder como botín, los controles demagógicos, el *laissez faire* en el orden de la justicia y de la ética, están cobrando la factura a la más cínica de las prácticas políticas, de un régimen que quiso perpetuarse como si México les perteneciera como herencia. Hoy, desde la oposición irresponsable, pretenden volver a subirse al carro de una historia de la que son sólo una parte, y que ojalá quede definiti-

vamente rebasada por una sociedad mexicana que realmente quiera crecer y convertirse, de una vez y para todas, en adulta responsable. “No era sólo la razón la que nos asistía –dice Polibio–, también el sentimiento y el amor. Aquella es una idea presente en la filosofía occidental. De ella hablaron los pitagóricos y Platón; las religiones la anunciaron; y los cínicos la desconocieron” (9). **B**

Notas:

1. Ed. Oceano
2. P. 105
3. P. 112
4. P. 100
5. *El Pueblo que no quería crecer*. Polibio de Arcadia (Ikram Antaki), Ed. Océano, p. 44.
6. P. 126
7. P. 121
8. P. 93
9. P. 41